

En primera persona

UN MATRIMONIO PARA LA ENSEÑANZA

Juan Cózar Castañar

Catedrático jubilado

El 4 de julio de 1957 aparecía en el Diario JAEN una crónica del corresponsal en Cabra del Santo Cristo, de la primera misa que celebraba el que suscribe este trabajo, primer sacerdote que había sido ordenado después de la guerra civil de 1936 37.

El corresponsal era D. Gabriel Adarve Prieto, maestro nacional, casado con la también maestra D^a Matilde Mendoza Jiménez.

A este matrimonio se refiere el título de este trabajo.

La crónica aludida excedía los parámetros de una crónica periodística, porque no se limitaba a relatar el hecho y sus circunstancias ocurridos el día 2 de julio de 1957, sino que D. Gabriel se dejaba llevar por el afecto y la emoción del momento hacia mi persona repitiendo hasta seis veces el diminutivo «Juanito» con que desde mi tiempo de monaguillo el entonces párroco D. Valentín Peña me nombraba.

En esa crónica describía con emoción el momento de la elevación del Cuerpo de Cristo consagrado por mí por primera vez, con estas palabras: «¡Cuán grande y sublime el momento de la consagración y cuánta amorosa majestad y pausada recreación en la elevación de la Sagrada Hostia!».

Con este trabajo quiero rendir homenaje de afecto y recuerdo a este maestro nacional que toda su labor docente la ejerció en nuestro pueblo junto con su esposa, ambos, como todos los demás maestros de entonces y los de ahora han contribuido a la formación y educación de los niños y jóvenes de nuestro pueblo.

En un número anterior de CONTRALUZ me ocupé de otro maestro, D. Avelino del Peral; hoy lo hago con D. Gabriel Adarve.

No llegué a ser alumno suyo, pero sí quiero ensalzar su figura, no ya sólo por agradecimiento de esa crónica tan emotiva que me dedicó hace ahora cincuenta años, sino



1919, año de la llegada a Cabra de don Gabriel Adarve

más bien por recordar su persona y su labor pedagógica en Cabra del Santo Cristo.

D. Gabriel era granadino nacido en la capital de la Alhambra el 16 de abril de 1895, en el barrio de las Angustias, en cuya parroquia debió ser bautizado a los pocos días de nacer.

Ser de Granada y pertenecer a la parroquia de la Virgen de las Angustias es algo que imprime cierto carácter muy especial; por eso Granada y la Virgen de las Angustias irán siempre grabadas en su vida y en su actividad Literaria.

En Granada fue educándose en la escuela primaria y, terminada ésta, pasa al Instituto de Enseñanza Media «Padre Suárez», único entonces en la capital, donde terminó el Bachillerato. Concluido éste, cursó los años de Magisterio en la Escuela Normal de la capital.

Su primer destino como maestro fue Bailén. Era el primer contacto del granadino con la provincia de Jaén. Desde Bailén hizo una permuta con un maestro de Cabra del Santo Cristo.

Cuando D. Gabriel llega a Cabra venía soltero, era el año 1919, acompañado de su madre D^a Eloisa Prieto. Él ya debía estar en relaciones con otra joven maestra granadina Matilde Mendoza Jiménez, con la que se casó el 25 de Agosto de 1921 en la Iglesia-Colegiata de los Santos Justo y Pastor de Granada.

D^a Matilde ejercía como maestra en el pueblo granadino de Láchar y en un concurso de traslados se le dio el pueblo de Cabra del Santo Cristo.

El matrimonio Adarve-Mendoza se instala en Cabra en la casa N^o 7 de la calle Cobos donde ella tenía el local de escuela y él en la planta baja del Ayuntamiento donde actualmente se encuentra cuartelillo de la policía municipal.

En la casa de la calle el Cobos vivirán hasta la muerte de cada uno, D. Gabriel el 29 de enero de 1964 y D^a Matilde el 23 de Febrero de 1969.

La vida del matrimonio transcurría entre sus tareas docentes y el cuidado y educación de sus hijos; de los ocho que tuvieron, tres muertos a muy temprana edad, a los otros cinco los encauzaron por el Magisterio.

Así transcurría la vida del matrimonio hasta que el estallido de la guerra civil de 1936-39 separó al matrimonio de sus hijos y de la abuela Eloisa.

D. Gabriel y D^a Matilde junto con Concha Torrijos, la sirvienta fiel que permaneció en la casa hasta su muerte, se habían desplazado a Lanjarón para tomar las aguas en los primeros días de julio de 1936. Allí les sorprendió el comienzo de la guerra, en una zona que se adhirió al movimiento nacional. Por este motivo el matrimonio quedó separado del resto de la familia: La abuela Eloisa y los tres hijos mayores, Matilde, Eloisa y Gabriel, sin posibilidad de contacto nisiquiera epistolar.

En los tres años de contienda civil D. Gabriel en su zona ejerció el magisterio en el pueblecito granadino de Cájjar, allí nacieron las dos últimas hijas Carmen y Concha.

Finalizada la guerra, el matrimonio pudo volver a encontrarse en Cabra con el resto de la familia.

Ya en Cabra vuelta de nuevo a ocupar cada uno su escuela. Esta será la actividad del matrimonio hasta su muerte.



Doña Matilde

Pero la labor educativa de D. Gabriel no quedaría limitada al horario escolar, que ocupaba entonces mañana y tarde hasta las cinco, sino que, después de esas horas de escuela, daba clases a alumnos que habían finalizado la etapa escolar y se preparaban para cursar el Bachillerato. D. Gabriel junto con otros maestros de la localidad preparaban a esos jóvenes para posteriormente examinarse en el Instituto de Enseñanza Media de Jaén.

Él, como buen conocedor de la lengua latina, los preparaba en esa asignatura. Recuerdo que en vacaciones de verano, siendo yo seminarista, cuando nos encontrábamos, me soltaba alguna frase latina de Cesar o Cicerón. Además de latín también enseñaba Lengua Española; para esta enseñanza compuso y editó una Gramática de la Lengua Castellana. Desgraciadamente no he podido tener en mis manos este libro del que ni la familia conserva ejemplar alguno.

Además del Magisterio D. Gabriel ejerció otras actividades, de entre las que destacamos sus colaboraciones al periódico JAÉN.

Como periodista es autor de numerosas crónicas que como corresponsal enviaba al Diario provincial. Estas versaban sobre diversos acontecimientos ocurridos en la localidad, unos de carácter socio-político: visitas de autoridades provinciales por diversos motivos; otras de temas religioso, como la que encabeza este trabajo, procesiones, fiestas patronales; otras de carácter luctuoso como la que apareció el 13 de agosto de 1950. Dos días antes

una nube devastadora y cruel descargó hacia las cuatro de la tarde del día 11 sobre nuestro pueblo causando siete muertes y gravísimos perjuicios en la cosecha de aceituna.

D. Gabriel relata en su crónica detalladamente la muerte de cinco jóvenes y niños dentro de la cueva que les servía de vivienda y la de otro matrimonio, él inválido, arrastrados por las aguas impetuosas.

Iniciaba así su crónica: « El viernes (día 11) cerca de las cuatro de la tarde, y sin que hubiera apenas indicios anunciadores, en pocos momentos se formó una tremenda nube que descargó una verdadera tromba de agua y granizo, llegando a alcanzar la capa de éstos en muchos lugares una altura de más de medio metro y con tamaño superior al de avellanas. Varias casas situadas en la parte alta del pueblo, llamada Las Cuevas, quedaron inundadas y otras se derrumbaron.»

Termina la crónica muy detallada con la visita del gobernador civil en funciones y otras autoridades provinciales que recorrieron los lugares donde la nube había producido más estragos, y la asistencia al entierro de las víctimas.

Pudo haber sido D. Gabriel también un buen escritor si se hubiera dedicado a ello.

De su faceta literaria conocemos un trabajo corto, unas seis páginas, titulado «Un incendio memorable». Forma parte de un pequeño volumen, una colección llamada «Cuentos Nuevos» en la que colaboraban varios autores con una narración corta; la de D. Gabriel va de la página 11 a la 16. El librito estaba publicado por «Ediciones Rumbos» de Madrid, en 1952.



1963, Inauguración del colegio Arturo del Moral

Es un escrito en el que su autor, ya maduro, recrea un acontecimiento que él vivió cuando sólo contaba 19 años: En la noche del 28 de julio de 1916 un fuego devastador prendió en el camarín de la Virgen de las Angustias. D. Gabriel recuerda el toque de arrebato de las campanas de toda la ciudad; cómo la gente se agolpaba frente al templo; cómo todos temían por la imagen tan querida de su Virgen. Y en medio de aquel estupor se abren las puertas del templo y un grupo de hombres intrépidos aparecen llevando «en volandas» la imagen tan querida por todos.

En este momento la voz del narrador se llena de emoción y en un estilo declamatorio y vibrante, como los mejores discursos escribe:

«Aquellos hombres valerosos: matarifes, carniceros, curtidores, gente brava y de pelo en pecho, del renombrado barrio de las Angustias; aquellos hombres... que eran capaces de jugarse la vida a punto de faca; aquellos hombres... que habían dejado correr sus lágrimas como niños ante el inminente riesgo de la idolatrada imagen; aquellos hombres bravos habían salvado a su Virgen de las Angustias».

El relato, a pesar de su brevedad, está escrito con emoción, con vehemencia y a la vez con una utilización de la lengua tan perfecta que esas breves páginas nos bastan para ponderar al literato que encierran. Lamentamos que no hubiera seguido escribiendo en esa línea, sin duda que sus escritos hubieran sido muy bien enjuiciados por la crítica literaria.

De lo sublime, de lo literario, pasamos ahora a otras facetas que rozan con la vida práctica de nuestro maestro y que suponían para él un relax en las tareas docentes: la de cazador y hortelano.

Para D. Gabriel el ser cazador era un descargo dentro de sus ocupaciones prioritarias: salir al campo, observar la naturaleza. Él era cazador al oje, metido en su puesto y esperar que el pájaro lanzara su reclamo. Le recuerdo, niño yo, pasar por la puerta de nuestra casa de la calle Cobos con la escopeta y la jaula al hombro camino de las Nogueras o tal vez mas allá, hacia el Buitre. El peso de aquellos arreos de caza le habían producido una inclinación del hombro tan visible que, aún sin esos arreos a cuestas, le habían dejado ya esa figura. Y siempre con la pipa en la boca.

La otra faceta suya era hacer de hortelano. La casa de la calle Cobos, su domicilio, era y es un inmueble grande con habitaciones, la más amplia para escuela de la señora y las demás para uso de una familia numerosa. Pasada la puerta de entrada y un largo pasillo, se llegaba a un patio amplio con macetas por todas partes que D^a Matilde cuidaba, después de cumplir el horario escolar.

Si las macetas y las flores eran la ocupación de la señora, D. Gabriel se ocupaba en los ratos libres de la escuela en tareas agrícolas en el huerto que estaba dentro del recinto de la casa. Allí se entretenía cultivando hortalizas. Lo recuerdo con unos pantalones de pana y azada en mano tomando agua para el riego de la fuente que había junto al huerto.

COLOFÓN

Al repasar el callejero de nuestro pueblo observo que muchas calles están dedicadas a políticos o literatos de gran prestigio nacional o regional. Y esto me parece muy bien. Y estos maestros como el matrimonio ADARVE MENDOZA que, aunque no fueran naturales de Cabra, dejaron la mayor parte de su vida aquí, se compenetraron con lo autóctono nuestro, educaron a muchas generaciones de nosotros y hasta dejaron sus cenizas en nuestro campo santo, ¿no merecen este honor?

Vaya aquí mi recuerdo, mi adhesión sincera y mi gratitud eterna a este matrimonio de maestros y a todos los que como ellos con labor callada han educado y siguen educando a nuestros niños y jóvenes.